

VIDA DE SOR FRANCISCA JOSEFA DE CASTILLO

Beatriz Ferrús Anton
y Nuria Girona Fibla, eds.

Madrid: Centro de Estudios Indianos (CEI), 2009. 318 pp.

María E. Hernández Carvajal

Universidad Autónoma de Colombia

En el texto *Vida de sor Francisca Josefa de Castillo*, editado por las investigadoras españolas Beatriz Ferrús y Nuria Girona, encontramos un estudio preliminar bastante cuidadoso donde se defiende con vehemencia la tarea de la mujer escritora durante el siglo XVIII en la América española. Para las autoras es evidente el anonimato al que se vieron sometidas las mujeres dedicadas a las letras en este tiempo. Ferrús y Girona critican la expresión de José María Vergara y Vergara (en la nota 3 de la página 7), que asegura que la Madre Castillo “es el mejor escritor de la literatura colombiana”, pues la califican como un gesto que anula la singularidad femenina, y supone una reapropiación de la diferencia y la excepcionalidad de una autora por parte de la Ley (7).

La reflexión preliminar de la reedición de la vida de la madre Castillo se hace desde el punto de vista de rescatar la labor intelectual femenina, dentro de la apropiación de la ilustración por parte del género masculino en la época del Barroco en la América española. Se trata de recuperar la obra desde la literatura de género, de las mujeres; una revisión del texto desde el feminismo. Según las editoras: “La historia de la madre Castillo hoy sólo ha sido parcialmente recuperada por la historia de la literatura de las mujeres” (8). Desde esta interpretación, se sitúa a la monja clarisa en una carrera por alcanzar la santidad, al mostrar en la obra de *Su vida* cómo en la intimidad de su celda y en sus contactos personales fuera de ella practicaba la *imitatio christi*, para ser ejemplo como abadesa de las otras monjas.

El estudio del texto se aborda desde tres preguntas: ¿qué significa escribirse como mujer en el mundo colonial y qué papel cumple el convento en este contexto?; ¿qué características delimitan la vida como género

y cómo es posible intuir en ella la emergencia de la subjetividad moderna?, y ¿cómo la vida de sor Francisca Josefa de la Concepción de Castillo resuelve de manera original el desafío que el propio texto comporta? Para responder a estos planteamientos las autoras se apoyan en una cuidadosa revisión bibliográfica, de investigaciones que se han ocupado de otras vidas ejemplares de monjas, como sor Juana Inés de la Cruz, santa Teresa de Jesús, entre otras. También se apela a estudios sobre la concepción del cuerpo, el pecado y el deseo, como los de Roland Barthes, Michel Foucault y otros. Aunque el análisis trae a colación citas extraídas del texto de la vida de la madre Castillo —comentadas a la luz de los estudios mencionados—, no responden en su totalidad los interrogantes que se plantean, pues tales preguntas son planteadas desde las visiones contemporáneas del género, que tratan de rescatar la obra de la monja clarisa como un escrito desde este pensamiento.

Esta cuestión se evidencia en el interrogante sobre el significado de “escribirse como mujer” en el mundo colonial y el papel del convento en el contexto. Al apelar a los estudios de otras vidas ejemplares, a otras interpretaciones sobre el cuerpo y el género y a las otras ediciones que se han hecho de la obra de la madre Castillo —como la de Darío Achury Valenzuela, de 1968, y la de Ángela Inés Robledo, del 2007—, estos textos responden las preguntas y no directamente la obra de la monja. Al leer el manuscrito original, podemos ver que es claro que la madre Castillo no escribió con la intención de enfrentar los desafíos de la modernidad para el género femenino.

La obra, como bien lo describen las autoras en el estudio preliminar, fue escrita por sugerencia de su confesor y, en general, las monjas escribían una “autobiografía” de sus experiencias místicas desde los más profundos padecimientos hasta las visiones que tenían, por sugerencia de sus guías espirituales. De este modo, su concepción de la feminidad estaría influenciada por la imitación del modelo de la Señora Madre de Jesús, víctima sumisa y estoica del amor de Dios, por la tarea de soportar el dolor del sacrificio de su hijo para la salvación del género humano. Los relatos sobre ataques del demonio y enfermedades están presentes en todos sus escritos.

Estas situaciones son necesarias en las vidas de los santos, así como las experiencias místicas. El sufrimiento es una forma de expiación.

Era entonces un honor y un camino directo a la santidad sufrir los padecimientos por amor a Dios, de manera sumisa y en el más profundo silencio. Sólo a través de la escritura podían dejar el registro de sus mudos sufrimientos. En esta dinámica, como lo dicen las autoras, sólo dentro de los muros del convento las mujeres tenían acceso al saber letrado (13). Las autoras señalan las quejas de la madre Castillo sobre los maltratos a los que se veía sometida por sus compañeras en el convento franciscano. Sin embargo, no es una muestra de rebelión, sino de otro de los muchos padecimientos, aparte de las constantes enfermedades que sufrió desde niña, a los que se veía sometida, que únicamente corroboraban ante sus confesores que estaba siendo purificada para andar en el camino de la perfección.

Al situar la obra en su contexto y teniendo en cuenta las reglas de la vida conventual, encontramos que para no pecar de vanidad, las monjas debían cuidar el estilo al escribir. Las editoras comentan al respecto que una monja que escribe desde el mandato confesional debe cuidarse de no distinguirse en su escritura, pues querer ser singular o sobresalir es falta de humildad. “Parecerse a” puede ser una forma de salvarse; pero también de alcanzar el reconocimiento que permita, a su vez, transformarse en modelo. No debe olvidarse que la retórica clásica no aconsejaba, e incluso criticaba, el hablar de uno mismo, salvo en ocasiones en que se tratara de legar a la posteridad el testimonio del triunfo personal sobre el *vitium* para convertirse en *nobilis virtus* (19-20).

CRITERIOS DE LA EDICIÓN

Respecto a la edición de la obra las autoras proponen: “nuestra edición busca complementar todas las ediciones anteriores al subrayar los aspectos que antes habían pasado desapercibidos; al tiempo que se resumen y consignan los rasgos más destacados por los lectores anteriores de la madre Castillo” (58). Se dice que se trabajó directamente sobre material fotográfico del manuscrito conservado en la Biblioteca Luis Ángel Arango de

Bogotá y que se comparó con las posteriores ediciones de Antonio María de Castillo y Alarcón (de 1817), Darío Achury Valenzuela (de 1956 y 1968) y Ángela Inés Robledo (de 2007).

Al comparar la edición de Girona y Ferrús con la de Achury, no se encuentran diferencias significativas en la presentación del formato de la obra de la madre Castillo; sólo que los títulos o los encabezados de los capítulos se dejan anotados al final del libro. Las autoras apuntan que la foliación del texto no se tiene en cuenta, pues distrae la lectura.

En el manuscrito original también se encuentran unas glosas al margen que aclaran o acotan el contenido de las páginas. Éstas fueron sacadas del margen e incluidas en el cuerpo del texto en indistintos lugares de la página en la edición de Achury. En la edición del texto de Girona y Ferrús se conservan de la misma forma que en la edición de Achury; luego no hay una presentación en el formato del texto que corresponda a una imagen casi fiel del manuscrito.

Por otra parte, la fotografía de la portada corresponde a una monja capuchina, de un convento de la Concepción, de la ciudad de México. La cartela de la fotografía tiene escrito: “Madre María Antonia de la Purísima Concepción. Hija de don Manuel de Estrada y doña Juana de Arillaga. Nacida el 9 de abril de 1755 y tomó el hábito el 12 de diciembre de 1777 y profesó el 21 de dicho mes y año en el Convento de la Purísima Concepción de esta ciudad de México”¹. No se tuvo entonces la precaución de tomar una imagen de una monja de la comunidad franciscana de las clarisas o, al menos, un símbolo de esta comunidad, como la que se tomó en la edición de Achury y de Robledo, que al parecer es un retrato de la madre Castillo.

1 El cuadro se encuentra en el Museo Nacional del Virreinato, Tepotzotlán, estado de México. La puntuación es mía. Tomado de: <http://www.letraslibres.com/imagen>.

Es recomendable la lectura y apreciación tanto del estudio preliminar como de la edición de la obra *Vida de sor Francisca Josefa de Castillo*. Es novedoso el punto de vista desde el que se aborda la reflexión sobre la obra.

— Bibliografía

- Castillo, Francisca Josefa de la Concepción de. *Vida de la V.M. Francisca Josefa de la Concepción, religiosa del Convento de Sta. Clara de la ciudad de Tunja en el Nuevo Reino de Granada*. Ed. Antonio María de Castillo y Alarcón. Filadelfia: T. H. Palmer, 1817. Impreso.
- Castillo, Francisca Josefa de la Concepción de. *Obras completas de la madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo: según fiel transcripción de los manuscritos originales que se encuentran en la Biblioteca Luis Ángel Arango*. 2 v. Introducción, notas e índices de Darío Achury Valenzuela. Bogotá: Banco de la República, 1968. Impreso.
- Castillo, Francisca Josefa de la Concepción de. *Su vida*. Edición, prólogo y bibliografía, Ángela Inés Robledo. Cronología, María Eugenia Hernández. Caracas: Ayacucho, 2007. Impreso.